

Exclusión, inclusión y participación

David Lawrence

Hay una historia que se cuenta en Gales de un hombre que naufragó en una isla desierta. Al darse cuenta de que un rescate inmediato era imposible, se dispuso a construir un entorno en el que se pudiera sentir como en su propio hogar. Años después, cuando un barco pasó vio signos de desesperación, los rescatadores estaban asombrados de encontrar que el náufrago había construido una casa pequeña y práctica y dos capillas cercanas la una a la otra. Le preguntaron el porqué de las dos. El contestó: «esta es la capilla a la que asisto y la otra es a la que no voy.»

Los seres humanos tienen una extraordinaria habilidad y pareciera que hasta un deseo de dividir al mundo en un “ellos” y un “nosotros”. Parece que no sabemos quiénes somos “nosotros”, hasta que conocemos quiénes son “ellos”. Una vez que hemos identificado a “ellos”, es decisión nuestra negar la responsabilidad por el bienestar de ellos, sus derechos, y en casos extremos su propia existencia.

Cada uno de nosotros vive en su propio grupo, con frecuencia en más de uno. La membresía en cada grupo define para nosotros a aquellas personas con quienes compartimos derechos, obligaciones y una dignidad común. Sobre la base de la exclusión, en todas sus formas, descansa el establecimiento de límites, en torno a los grupos, por razones de comodidad personal, ventaja económica o poder político. En el libro de Deuteronomio encontramos que el pueblo de Dios debía ser diferente, sin establecer fronteras, porque ellos mismos sabían lo que era ser excluidos: “porque el Señor su Dios es el Dios de dioses y el Señor de señores; él es el Dios soberano, poderoso y terrible, que no hace distinciones ni se deja comprar con regalos; que hace justicia al huérfano y a la viuda, y que ama y da alimento y vestido al que vive entre ustedes. Ustedes, pues, amen al extranjero, porque también ustedes fueron extranjeros en Egipto.” (Dt 10:17-19).

El Evangelio y la exclusión

Nuestras iglesias reconocen como verdad irrefutable, que el Evangelio está en contradicción con toda forma de exclusión, tal como el ministerio de Jesús fue más allá de los límites impuestos por la religión y la convención, para incluir a aquellos a quienes la sabiduría convencional excluía. Las Escrituras muestran esta comprensión de incontables maneras:

- Todos los seres humanos están hechos a imagen de Dios (Gn 1:26). La dignidad de una persona o su valor no descansa sobre las habilidades,

apariencias, talentos, riqueza, poder o reconocimiento. Establecer límites que excluyen a aquellas personas cuyo ser refleja la imagen y semejanza de Dios, es correr el riesgo de perder de vista a Dios en su totalidad.

- En respuesta a la interrogante: “¿Qué debo hacer para heredar la vida eterna?”, Jesús redefine el concepto de prójimo como de alcance universal (Lc 10:25-37). El prójimo es el que vive dentro de nuestros límites y la parábola del Samaritano no provee confort para quienes buscan estrechar esos límites. Los prójimos son todas aquellas personas que necesitan y pueden recibir el amor de Dios de nuestras manos, un hecho que expande nuestros límites al punto extremo.
- Jesús nos enseñó que un criterio para el verdadero discipulado es la preocupación demostrada hacia el más pequeño, a aquellos que son más fácilmente excluidos (Mt 25:34-46). Al servir al menor, servimos a Cristo. Cuando excluimos a uno de estos, excluimos a Cristo.

De estos ejemplos podemos ver que el Evangelio convierte en tema prioritario el problema de la exclusión. Mientras que a los ojos del mundo, la exclusión puede parecer un problema sólo para los excluidos, a los ojos de Dios es un gran problema y quizás uno de los más peligrosos, tanto para quienes están dentro como para los que están fuera de los límites.

En el mejor de los casos, nuestras iglesias reconocen que somos *nosotros* quienes necesitamos cambiar, tanto como los otros; parte de nuestro crecimiento en la fe implica capacitarnos para servir al Cristo que está más allá de los límites de la comodidad con los que solemos definir quiénes somos.¹

Exclusión social

En los últimos años, el concepto de exclusión social ha recibido mucha atención. En la Comunidad Europea se ha preferido usar este concepto en lugar de utilizar otros términos como por ejemplo “pobreza” porque su alcance es más amplio. La importancia del concepto es que reconoce que existen formas muy diferentes en las cuales las personas se encuentran sin oportunidad real de ejercer sus derechos económicos, políticos, sociales o culturales básicos. Una persona mayor que vive en un apartamento puede ser excluida por la falta de movilidad, el pobre puede ser excluido por su incapacidad de adquirir servicios que otros dan por hecho, comunidades enteras (razas, sexos) pueden ser excluidos sobre las bases de la discriminación consciente o inconsciente. Los derechos teóricos significan poco, si de hecho no pueden ser ejercidos.

Exclusión social es una mejor medida que pobreza porque no define la desventaja en términos estáticos, por ejemplo: nivel de ganancias, pero incluye los *procesos* por medio de los cuales las personas en nuestras sociedades se encuentran en desventajas.

La exclusión no termina con el reconocimiento de que no es deseada. La exclusión termina cuando sus causas son eliminadas. Extender las fronteras

implica mucho más que una decisión, implica la acción práctica necesaria para hacer de la inclusión una realidad. “Supongamos que a un hermano o a una hermana les falta la ropa y la comida necesarias para el día; si uno de ustedes les dice: ‘Que les vaya bien; abríguense y coman todo lo que quieran’, pero no les da lo que su cuerpo necesita, ¿de qué les sirve?” (Santiago 2:15-16).

¿Una iglesia inclusiva?

Las iglesias, tanto como otros grupos, establecen barreras, a veces sin darse cuenta, que permiten a quienes están dentro sentirse cómodos. Ellos asumen qué tipo de personas son las que caben: por su vestimenta, raza, género, sexualidad o cualquier combinación de otras características. Establecen límites que afirman las opciones de vida o estilos de vida de quienes están dentro o quizás les ayudan a mantener una posición de privilegio. Con esto, las iglesias hacen la situación imposible, o por lo menos insostenible, para quienes no encajan en el patrón que les permita llegar a ser parte plena de la iglesia, o en algunos casos ni siquiera una parte de ella.

En nuestras propias tradiciones reformadas, con su tendencia a la fragmentación, encontramos muchos ejemplos de iglesias que han fracasado en reconocer y acoger a inmigrantes en su medio. En igual sentido, encontramos iglesias formadas por comunidades de inmigrantes privilegiados, que ignoran las necesidades de las personas provenientes del mismo lugar del que ellos proceden. ¿Quién puede negar que las divisiones que han dañado la credibilidad del Evangelio con frecuencia hayan sido revestidas como diferencias de principios, cuando en realidad se trata de establecer barreras para proteger el poder personal, el privilegio económico o el estatus social?

Al igual que en la sociedad, superar la exclusión significa más que meras palabras. Afirmar que aquellas personas que tienen capacidades diferentes son bienvenidas en una iglesia no significa nada, si la arquitectura del edificio no permite el acceso en sillas de ruedas. Estar abiertos a todas las generaciones no significa nada, si las actividades son planificadas sólo por los miembros de una generación. Estar abiertos desde el punto de vista cultural no significa nada, si la manera en que se desarrolla el culto no puede ser comprendida por aquellos que tienen un pobre conocimiento del lenguaje y el estilo utilizado. Estar abiertos a personas de otras culturas no significa nada, si les damos la bienvenida bajo la condición de que se identifiquen con nuestra propia cultura. Antes de que la iglesia comience a desafiar la exclusión en la sociedad, debe reconocer las maneras en que con frecuencia ella misma es una comunidad que excluye a otras personas, por lo tanto debe lidiar con tal exclusión.

Intentar hablar y actuar en nombre de las personas a quienes nosotros excluimos es estéril y paternalista. Es estéril porque no podemos apreciar verdaderamente los dones y necesidades de las personas con las que no compartimos nuestro mundo. Es paternalista porque hablar *en nombre* de las

personas que son excluidas, en lugar de estar *a su lado*, es simplemente otra forma de exclusión.

Salir de este impasse es muy difícil. Aquellos a quienes excluimos son con frecuencia invisibles para nosotros. No consideramos a las personas diferentemente capacitadas, porque no tenemos miembros con discapacidades, ¡pero no los tenemos porque no hacemos provisiones para ellos! Rompemos estos círculos viciosos cuando alguien del grupo excluido se niega a aceptar la manera en que las cosas siempre se han hecho y nos fuerza a escuchar una nueva voz. Nos abrimos cuando una iglesia decide mirar y escuchar honestamente a la comunidad en la que está localizada; con frecuencia este es un proceso doloroso, en la medida en que nos damos cuenta de cuán irrelevantes somos ante las necesidades de los otros.

Dones y gracia

Al final, debemos aprender a basar nuestra autodefinición como iglesias en los dones y necesidades de aquellos, que por la gracia de Dios, *pudieran* ser una parte y no meramente aquellos que *son* una parte de nuestra comunidad. El tamaño de la iglesia no es decisión nuestra sino de Dios, y la magnitud de la elección de Dios sólo puede ser probada si la iglesia está lista y deseosa de acoger a todas las personas que Dios envía.

Quizás tendríamos menos miedo si reflexionáramos sobre el hecho de que lo que Dios nos da, con frecuencia llega en forma de otras personas. Excluimos a otros porque tenemos miedo de sus necesidades o sus diferencias. Sin embargo, nuestro fracaso en ampliar los límites, y acoger a otros implica un precio.²

Muchos años atrás en Jerusalén, un grupo de discípulos de Jesús se reunió para considerar los límites. Ante ellos estaba una propuesta de poner a un lado límites preciados, límites que por siglos habían definido lo que significaba ser parte del pueblo escogido por Dios. Sin duda, muchos de ellos estaban incómodos con la idea. Quizás, ellos la hubieran eliminado totalmente si no hubiera sido por una cosa.

Mientras Pedro relataba su encuentro con Cornelio, ellos se dieron cuenta que independientemente de lo que *ellos* sintieran, *Dios* había escogido romper las barreras: “Pues bien, si Dios les da también a ellos lo mismo que nos ha dado a nosotros que hemos creído en el Señor Jesucristo, ¿quién soy yo para oponerme a Dios?’ Cuando los hermanos de Jerusalén oyeron estas cosas, se callaron y alabaron a Dios, diciendo: ‘¡De manera que también a los que no son judíos les ha dado Dios la oportunidad de volverse a él y alcanzar la vida eterna!’” (Hechos 11:17ss).

Preguntas

1. ¿Puede usted identificar a aquellas personas de la zona que se sienten incómodas o no se sienten acogidas en su congregación? ¿Qué se puede cambiar para hacer que ellas se sientan acogidas?
2. ¿Qué dones puede haber en su comunidad que no son expresados por su congregación? ¿Por qué no?
3. ¿Cuáles son los grupos que menos posibilidades tienen de participar en su sociedad?
4. ¿Cómo logra su iglesia una causa común con estos grupos, ya sea como miembros fraternos o en compañerismo para luchar contra su exclusión? ¿Cómo lo hace la congregación?

Notas

1. El escocés, Graham Maule, autor de numerosos himnos escribe: “Jesucristo está esperando, esperando en las calles, nadie es su vecino, come completamente solo. Escucha, Señor Jesús, yo también estoy solo. Hazme, amigo o desconocido, que pueda ya servirte.”
2. En los países del Norte, por ejemplo, muchas congregaciones locales se encuentran en extinción, aunque también pueden existir iglesias vibrantes multiculturales. Las iglesias en decadencia están pagando el precio de haber excluido a inmigrantes años atrás, en algunas ocasiones de forma evidente y en otras de forma sutil, tanto que quizás ni ellas mismas estaban conscientes. Un regalo ofrecido en la forma de un nuevo vecino las hubiese llenado de una perspectiva cristiana nueva y vibrante, pero muchas iglesias sencillamente cerraron sus fronteras, sin darse cuenta que estaban optando por la muerte. Otras abrieron sus puertas a estos nuevos regalos y a la nueva vida.